

EL GOBIERNO Y LA REFORMA POLÍTICA

De la sinceridad al cinismo

Claudia López. Columnista de EL TIEMPO. Junio 3 de 2008



Usualmente, la sinceridad denota nobleza. Pero a veces la sinceridad de un momento pone de presente el engaño sostenido hasta entonces. Si es así, lo que se denota es cinismo. Una muestra de ese cinismo es la que ha dado el Gobierno, a través del Ministro del Interior y Justicia, en el trámite de la reforma política.

La semana pasada, el Ministro del Interior reconoció, con toda sinceridad, que el Gobierno se opone a la 'silla vacía' porque no está dispuesto a perder mayorías en el Congreso ni a perder su gobernabilidad. Vale recordar que la 'silla vacía' tiene el efecto de suspender el reemplazo de las curules de los encarcelados por vínculos con el paramilitarismo, el narcotráfico o la guerrilla y de cancelar la curul definitivamente en caso de que sean condenados. Hasta ahora, ninguno de los miembros de la bancada uribista ha sido encarcelado por vínculos con la guerrilla. Si por quitar las curules a quienes se eligen con apoyo del narcotráfico y el paramilitarismo, el Gobierno supuestamente pierde las mayorías, como dice el Ministro, lo que se evidencia es que las mayorías del uribismo en el Congreso dependen de las curules del narcoparamilitarismo. Eso no es sinceridad, es cinismo.

Para explicar mejor su argumento, de lo necesario de mantener la gobernabilidad, es decir, de mantener las curules del narcoparamilitarismo, el Gobierno y sus aliados han puesto como ejemplo que si se aprueba la 'silla vacía' temen no tener suficientes votos para ratificar los tratados de libre comercio. ¿Qué pensarán los congresistas norteamericanos o canadienses cuando el Gobierno que tanto ha tratado de convencerlos de que no tiene rabo de paja, sino mano dura con el narcotráfico y el paramilitarismo, sale a reconocer no sólo que sí gobierna y legisla con los representantes del narcoparamilitarismo, sino que sus votos son indispensables para aprobar los tratados comerciales? Ese ejemplo pone de presente el fondo realmente grave de esta discusión. Si el narcoparamilitarismo es tan decisivo para aprobar una ley en Colombia, es obvio que esas leyes no se aprueban sin incluir sus intereses. ¿Cuáles intereses del narcoparamilitarismo quedaron representados en las reformas e incentivos tributarios, en los subsidios y programas del Gobierno nacional, en las modificaciones del código penal, en el TLC y en la primera reelección presidencial? Me hago esa pregunta recordando apenas algunas de las normas que aprobó el Congreso, que tiene hoy al 22 por ciento de sus miembros en la cárcel.

Sin haber dado ninguna muestra de responsabilidad política ni de depuración, los mismos partidos que seguirán en el Congreso, porque simplemente reemplazarán las curules de los presos por otros nombres, elegirán el semestre entrante a 6 de 9 magistrados de la Corte Constitucional, aprobarán un tercer período presidencial y por iniciativa del Gobierno estudiarán una gran reforma institucional que recomponga el equilibrio y las competencias entre ramas del poder público. Esa "pequeña" reconfiguración del poder público la hará un Congreso que no dio ninguna muestra de depuración y autorregulación, amparado por un gobierno que reconoce que se beneficia directamente de que se mantenga la representación política y partidista del narcoparamilitarismo, para lo cual empeñó su esfuerzo en hundir la reforma política y la 'silla vacía'.

Personalmente, no me siento obligada como ciudadana a cumplir las normas de un Congreso cooptado por el narcotráfico, el paramilitarismo y la guerrilla. Por el contrario, me siento con el derecho y el deber de denunciar nacional e internacionalmente que las mafias armadas están usando la representación electoral, que imponen por la vía de la intimidación, para reconfigurar el poder público en Colombia de manera definitiva.

PD: Toda mi solidaridad con Alfredo Molano frente a la demanda temeraria que la familia Araújo, que tiene a uno de sus miembros preso y a otro prófugo, le ha impuesto para tratar de callarlo. No vamos a callarnos, ni a renunciar a la libertad de prensa y opinión, que es lo poco que nos queda para que esto pueda ser llamado democracia.

Claudia López